930
C.38

Pregón de la Semana Santa 1988

Por D. CARLOS AMIGO VALLEJO

FOL 4042-1

JUNTA DE SEMANA SANTA

SEMANA SANTA EN VALLADOLID
PREGON 1988
Carlos Amigo Vallejo

ARCHIVO MUNICIPAL

1159741

C. 38 - 930

R. 2375

AYUNTAMIENTO DE VALLADOLID
BIBLIOTECA

Pregón de Semana Santa en Valladolid

San Benito 17-Marzo-1988

Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Carlos Amigo Vallejo,
Arzobispo de Sevilla

PREGON 1988

Vimos su rostro. Y ya ni aspecto humano tenía. Despresciable y desecho de hombres, varón de dolores y sabedor de sufrimiento. Pero eran nuestras las dolencias que llevaba y nuestros dolores los que pesaban sobre sus hombros. Herido de Dios, azotado y lleno de humillaciones. Nuestras culpas hirieron su alma, pero esas benditas heridas nos han curado (Is. 53).

Viste a tu Señor, «Santo Cristo de los Trabajos» en la «Sagrada Cena», angustiado en «La Oración del Huerto», contemplando resignado los «Preparativos para la flagelación» y «El Azotamiento», «Atado a la columna». Al verlo pasar, como al apóstol Pedro, se te abrieron los ojos a las «las lágrimas»: «Ecce Homo», «Nuestro Padre Jesús Nazareno», «Camino del Calvario». Con estremecimiento veías los «Preparativos para la crucifixión» y a tu «Santo Cristo del Despojo». Pero El, «Santísimo Cristo del Perdón», y en «La Elevación de la Cruz», atrajo hacia sí todas las cosas. Y de su boca salieron «Las Siete Palabras», de los labios de este «Santísimo Cristo de la Preciosa Sangre». Después, «El Descendimiento» y María en «La Quinta Angustia», «Nuestra Señora de la Vera Cruz». Y, al final, «La Cruz Desnuda», «El Cristo Yacente», reposando en el «Santo Sepulcro», y María, su madre, ya para siempre nuestra Señora, «Nuestra Señora de las Angustias».

Pero alégrese nuestra madre la Iglesia y resuenen las aclamaciones del pueblo, porque la noche se hizo luz esplendorosa y, rotas las cadenas de la muerte, Cristo resucita victorioso. El pecado ha sido borrado por la muerte de Cristo. ¡Feliz culpa que nos mereció tal Redentor! Cristo resucitado, nuestra pascua, vive y reina glorioso.

Fué María Magdalena quien hizo el más gozoso pregón de la mejor e inacabada semana santa de los tiempos, cuando dijo a los discípulos: he visto al Señor. Al Señor resucitado. Pues vana sería nuestra fe y falsedad la esperanza e inútil nuestro pregón, si Cristo no hubiere resucitado de entre los muertos.

Subimos a Jerusalen. Entre palmas y hosanas, se abre la puerta de la semana santa. Mientras llegamos a la ciudad, es el mismo Cristo quien nos va haciendo el pregón de lo que hemos de contemplar, sin acertar nuestros ojos a creer lo que están viendo: entregado y escarnecido, condenado a muerte y lleno de burlas, azotado y puesto en el monte como crucificado. Pero al tercer día resucitará.

Súbete a un monte alto y que lo oiga toda la tierra; clama con voz poderosa y hazlo sin miedo. Dí a toda la ciudad: ahí está nuestro Dios. Tan desfigurado que no parecía hombre. Despreciable y desecho. Como cordero llevado al degüello. Se puso su sepultura entre los malvados. Pero las fatigas de su alma verán la luz (cf. Is. capt. 40, 52). Pregonad, pues, su salvación día tras día, contad su gloria a las naciones, anunciad sus maravillas a todos los pueblos (Ps. 96, 2-3).

A la bondad de la Junta de Semana Santa de Valladolid debo el honor que me hacéis, al elegirme como pregonero de la próxima Semana Santa. Como nacido en estas tierras, -y bien queridas que para mi lo son-, puedo decir, con San Pablo, que el pregonar aquí es motivo de

orgullo (1 Cor. 9, 16). Pero orgullo de anunciar el Evangelio, que es el mejor y más sublime de todos los pregones, pues de esa buena noticia, sobre el más grande de los acontecimientos de la historia, Cristo es el único protagonista y el mejor de los mejores pregoneros.

COFRADES Y PENITENCIAS

Tened los ojos del alma bien abiertos, pues en anuncio de Cristo y de su misterio, -de pena hoy, después de gloria encontraréis por la calle Platerías o Cascajares, Doctrinos o Recoletos, Santiago o Cebadería, Especería, Portugalete, Lonja o Mantería, Angustias, Huelgas, Alamillos, Chancillería, Panaderos, Librería, Tintes, Guadamacileros, Cerrada, Gondomar, Arca Real, Solanilla, de los Cerros o de los Vadillos..., encontrarás -lo decía- cofrades y penitencias, imágenes y esculturas, hechos vida en la madera, que te irán pregonando el más grande de los misterios: que el Hijo de Dios llegó como pobre a este mundo, que sufriera afrenta, pasión y muerte, en redención por los hombres. Sus heridas nos curaron y, resucitado al día tercero, está vivo y glorioso para siempre.

Este pregón es el que, año tras año, vienen pronunciando en su hacer religioso las Cofradías vallisoletanas que, con renovado interés, manifiestan y descubren el misterio en el que creen. Lo celebran, con

participación fraterna y unidad con la Iglesia, en el ininterrumpido y vivo desfile pasional, y semana de pascua diaria, que es el culto litúrgico a Dios y la práctica de la caridad cristiana. Id, sino, recorriendo cada una de las cofradías que componen la Semana Santa de Valladolid, desde las más antiguas hasta las que ayer nacieron, y veréis en ellas ese propósito de anunciar el misterio de Cristo en la calle. Y si así lo hacen al exterior, es porque antes lo llevaban los cofrades en el hondon de su alma.

EN LAS PAGINAS DE LA HISTORIA

Si miramos las páginas de la historia, no sólo aquellas de un remoto pasado, sino las que se están escribiendo en nuestros días, podemos ver cómo el hombre de fe quiere inspirar desde su creencia la realidad social que le rodea. Es como una litúrgia en la que expresa su vida y manifiesta a los demás el misterio de Cristo en el que cree. Porque el creyente, -como la Iglesia a la que pertenece- es a la vez humano y divino, entregado a la acción y dado a la contemplación, presente en el mundo y, sin embargo, peregrino, y cuidando que lo humano esté ordenado y subordinado a lo divino, lo visible a lo invisible, la acción a la contemplación, y lo presente a la ciudad futura que buscamos (Sc. 2). Y así, los «mozos del carbón» mirarían a su «Cristo crucificado» y la gente comenzó a llamarlo el «Cristo de los carboneros». Y los que movidos a misericordia asistían a los condenados a muerte y pedían limosna para las familias de los ajusticiados, tenían puestos los ojos en el ejemplo del «Cristo del Perdón». Y la fatiga del trabajo de cada día, tendría razón y consuelo recordando al Señor que fué también «Cristo de los Trabajos». Y en la cruz desnuda, la «Vera Cruz», veían los

hermanos y hermanas de la venerable Orden Tercera del Padre San Francisco, la señal gozosa que anuncia la resurección para quien sabe llevar la cruz siguiendo con fidelidad a Cristo.

Aquellos hombres se asociaban para poder vivir y expresar mejor su fe cristiana, para practicar la caridad, para orar juntos y bendecir a Dios. Fue la penitencia, la cruz, el desasimiento y la generosidad, la caridad fraterna y el perdón, los que llevaron a estos hermanos a unirse en cofradía y, para resaltar visiblemente lo que llevaban en su intención, pusieron en medio del pueblo a su Cristo flagelado, nazareno, despojado, del perdón. Era la vida de Cristo la que seguir procuraban, era el misterio de la pasión y la muerte y el resucitar glorioso lo que movía su devoción.

HONRAR LAS HERIDAS DEL SEÑOR

En la pequeña capilla, humilladero de extramuros primero, iglesia y hospital después, entre el testero de la Costanilla y las Platerías, los hermanos de la penitencial de la Vera Cruz recordaban la Pasión de Cristo y se movían a virtud, celebraban los misterios de la fe con piadosa devoción y acudían en socorro de enfermos y menesterosos. Culto y caridad eran acciones inseparables, pues honrar al Señor crucificado era curar sus heridas en el hombre enfermo; moverse a compasión conducía a tener misericordia con el pobre desvalido; oir sus palabras en la cruz era como mandato para el perdón de las ofensas, para el amor a los enemigos, para suscitar el deseo eficaz de caridad fraterna; ver su cuerpo desnudo, impulsaba la generosidad para allegar vestido al que nada tenía.

Así nacieron las cofradías y de este modo han de seguir su camino, pues la fe llama al culto auténtico del Dios vivo, pero tiene también unas implicaciones sociales que no pueden reducirse a una ética individualista, sino que exige una toma de conciencia solidaria como respuesta coherente al Evangelio.

SEGLARES Y EN LA IGLESIA

¿Quiénes eran aquellos hermanos que a finales del siglo XVI compusieron y se obligaron al cumplimiento de la «Regla y ordenanza de la Cofradía y cofrades de Nuestra Señora de la Quinta Angustia o Angustias y Soledad de Nuestra Señora de los Desamparados?. Los libros de la Hermandad recogen su nombre. No se hablaba de clérigos, ni de religiosos, aunque algunos de entre ellos hubiere en las listas. Eran seglares, padres de familia, hombre llenos de fe y ardiendo en el deseo de manifestarla públicamente.

Hace nada más que unos meses se celebraba en Roma el Sínodo de los Obispos, esa gran Asamblea que reune, en torno al Papa, a una cualificada representación de todos los obispos del mundo. El tema a hablar, bien lo conocéis: los seglares en la misión de la Iglesia. Y allí se dijeron estas palabras: «para la misión, en una Europa secularizada, son necesarios tanto el tejido capilar de las parroquias como la fuerza de las asociaciones tradicionales y la ágil concentración de los movimientos». En lo que hoy, quizá con excesiva facilidad se llama

carisma, de un movimiento o de un grupo, hay que distinguir cuatro cosas: las personas que componen el grupo, con frecuencia generosas y sacrificadas. El germen ideal que sostiene la acción. La ideología o sistema doctrinal. La praxis concreta. El discernimiento deberá tener presente todos estos aspectos y no limitarse a las acciones o bondad de las personas. Deberá verificar también si la praxis da señales de exclusivismo o si está abierta a la colaboración con los demás para las empresas comunes. Deberá tener en cuenta también como se realizan en la práctica los valores evangélicos de la pobreza y humildad, o si más bien se están dejando tentar por el ansia de poder. Hay una sola perla preciosa, intocable e insustituible: el reino de Dios y, en él, la caridad. Todo otro carisma no será mas que una expresión histórica, contingente, de la caridad, que acepta también modificaciones y adaptaciones en sus formas expresivas para que se edifique la Iglesia. Quizá algunas de estas realidades necesitan confiar un poco más en el Espíritu Santo, que obra también a través de los pastores». (Card. Martini).

Las cofradías han sido, desde sus orígenes hasta hoy, un movimiento religioso integrado por laicos empeñados en vivir y proclamar públicamente su fe. Seglares que, durante unas horas en la Semana Santa, cubren su rostro con antifaz y capirote, pero que durante todo el año han de llevar la cara descubierta para que se vea en su comportamiento público, en sus ideas, en los derechos que defienden, en la moralidad de sus vidas, en la comunión con la Iglesia, en la participación pastoral de la vida parroquial o diocesana, su inequívoca pertenencia a la comunidad de los llamados en Jesucristo. Que no son las cofradías simples mantenedores de preciadas reliquias del pasado, ni comisión de fiestas espléndidas, ni grupo cerrado de piedad, sino verdaderas comunidades cristianas que escuchan la palabra de Dios, orientan su vida y guardan los mandamientos, celebran los misterios

del Señor y sus sacramentos, se abren a la caridad fraterna y, como expresión de todo ello, salen a la calle predicando, en la imagen del misterio que veneran, la fe viva con la que quieren ser reconocidos como verdaderos cristianos en perfecta unión con sus pastores.

CULTO Y CARIDAD

Procesión de paz y reconcilación, Procesión de penitencia y caridad, Procesión de oración y sacrificio, Procesión de sacrificio y penitencia... Procesiones que ni empiezan ni se acaban con las fechas de una semana santa. La procesión, en los días del gran recuerdo, expresa la vivencia espiritual de la cofradía, que reúne a los hermanos en torno al misterio que venera, y con la finalidad de practicar mejor los compromisos que conlleva la fe cristiana.

Muchos cristianos, a lo largo de los años -pues antiguas son muchas de las cofradías- han alimentado y vivido su fe en las Hermandades penitenciales. Y este debe ser el criterio que garantice la autenticidad de una cofradía: si es verdadera hermandad cristiana que ayuda a vivir con lealtad el Evangelio de Jesucristo.

La Hermandad de la Santa Vera Cruz construía, junto a su Iglesia de la calle de Platerías, un hospital que acogiera a enfermos y desvalidos. La Cofradía de Nra. Sra. de las Angustias, había de vestir a los pobres.

Los Hermanos del Stmo. Cristo del Perdón recorrerían las calles pidiendo limosna para las familias de los ajusticiados. Y si vamos siguiendo la historia de las cofradías vallisoletanas, en todas ellas encontramos la práctica de la caridad con uno de los objetivos más sobresalientes de la vida de la Hermandad. No podía ser de otra manera. Porque el culto que deseaban tributar al Señor, en alguno de los misterios de su pasión y muerte, era el mismo honor que había de prestarse en caridad fraterna a quienes sufrían la cruz y la pasión de la carencia, del dolor, de la necesidad.

En la procesión de penitencia del Viernes Santo, los hermanos acompañaban, en su paso por las calles de Valladolid, a la imagen de Cristo sufriente y de la Virgen dolorosa. Unos se vestían con túnica de penitencia, eran los hermanos de hábito. Otros portaban hachones encendidos en las manos, eran los hermanos de luz; otros llevaban pesada cruz de madera sobre sus hombros; otros flagelaban las espaldas a la vista de las gentes; otros recorrían el camino a pie desnudo; otros...

Aquellos hermanos habían oído en sus meditaciones cuaresmales las palabras del apóstol Pablo: tened entre vosotros los mismos sentimientos y actitudes de Cristo. Siendo Dios, se hizo esclavo. Pasó como uno de tantos. Obedeció hasta la muerte de cruz (Filp. 2, 5 ss.). El, Jesús, era el primer hermano. El que continúa flagelado y doliente. El que necesita vestido y hospital. El que está olvidado y desasistido en tan variadas formas como inventó el egoísmo para escarnecer la justicia. ¡Vete, hermano cofrade, y ponte túnica de caridad y de penitencia fraterna para buscar, como cristiano, la justicia y el derecho de los hombres! Lo puedes encontrar en la procesión y en la familia, en el trabajo y en la asociación de vecinos. Toma el cirio en tu mano y alumbra el camino, que también es el de tu hermano, con la única

luz que como cristianos tenemos: Jesucristo, luz del mundo. Luz que necesita el que vive en la oscuridad de la increencia o el que tiene el corazón muerto de tanto desamor. Carga con la cruz cada día, pero no olvides que, a ejemplo de tu Señor, no solo has de llevar encima tus pecados, sino la expiación, en amor, de lo que otros ofendieron. Más que romper tus espaldas y rasgar el vestido, desata los lazos de la maldad, comparte tu pan con el hambriento, pon la túnica sobre el desnudo y construye una casa para el que vive en descampado (Is. 58, 6-7).

Que allí donde estés se haga la luz. Que allí donde pongas tus pasos se busque con sinceridad la justicia. Y la misericordia abrirá las entrañas a la bondad para que las obras del hombre justo lleven a la paz.

DE LA PROCESION DE LO VISIBLE, AL AMOR DE LO INVISIBLE

Gregorio Fernández, Juan de Juni, Francisco Díaz de Tudanca, Alonso de Rozas o Juan Guraya y Lázaro Gumil pusieron sus manos sobre la madera y la llenaron de belleza. Copiaron sentimientos y misterios. Y dijeron -que también hablar se puede con la gubia y el escoplo- palabras que repetían las que oyeron al Maestro. Y la imagen mueve a la devoción que es piedad, y viene, y conducir debe a la celebración litúrgica del misterio. La imagen se hace medio para una catequésis que instruye y evangeliza. Y hace ver, en lo sensible, el misterio al que ni llegan ni palpan las manos. Pero como sólo Dios es Dios y Cristo el único mediador, la imagen tiende a trascender y hacerse vida, no en la madera, sino en el testimonio visible del hombre creyente. Y mirando la imagen de «Jesús de la Esperanza», el hombre cristiano vive aguardando el retorno de su Señor; viéndolo yacente en el sepulcro, sabe, por su fe, que el Señor muerto ha resucitado y está vivo; contemplando a «Nuestra Señora de las Angustias», comprende su obligación de recibir a María en su casa y tenerla como madre y modelo de imitación.

De la Iglesia penitencial de la Vera Cruz, y hasta la iglesia conventual de San Francisco, iba discurriendo el cortejo de la entrada de Jesús en Jerusalen. La procesión era parte y contenido de la celebración litúrgica del domingo de Ramos. Se leía el Evangelio que relata la humildad del Hijo de Dios y la alegría del pueblo; el anuncio de la salvación y la presencia del Redentor; el hosanna, que era proclamación, jubilosa del gran domingo de la pascua, y las palmas que se hacían señal de martirio y de victoria.

Recorrido glorioso y celebración de la Eucaristía: anuncio de pasión, de muerte, de resurrección pascual. Siempre, exaltación del rey victorioso, sentado en un pollino o muerto en la cruz. La procesión recordaba el misterio y celebraba, en imágenes visibles, lo que la fe actualizaba en la conmemoración litúrgica. Y así, la procesión se hace memoria de unos acontecimientos que, sucedidos en la historia, viven en el creyente en una fe intemporal. La imagen remueve el sentimiento, y quiere hacerse vida por la imitación de la virtud que mana abundante en el dolor, la abnegación y la obediencia sumisa del Mesías y Señor muerto y humillado.

La cofradía, en Semana Santa y con sus imágenes, recorre en procesión de penitencia las calles por las que, todos los días, vamos peregrinando, envueltos en mil quehaceres, hacia el santuario de Dios. La procesión de Semana Santa se hace luz en imágenes y signos que llevan a una vida distinta y nueva. Cristo es el que camina y los hombres quien lo llevan. Túnicas y capirotes, cirios y estandartes, pasos y cruces, imágenes y nazarenos se hacen vivo lenguaje que solamente puede hablarse con una palabra: el amor de Dios hecho humanidad en su Hijo Jesucristo. La procesión, de palmas o de dolor, de la buena muerte o de la promesa, de la piedad o del consuelo, de caridad o de la amargura, recuerda siempre el peregrinar del Hijo de Dios por este mundo y

reafirma, en el cristiano, el deseo eficaz de seguir tan santos y queridos ejemplos. El nazareno que quiere seguir a Cristo en ese caminar penitencial no debe perder en el olvido que si es compañero de camino con Cristo y con El hace peregrinación, la cruz estará en los hombros. Porque la vida cristiana es como un largo camino, como una maravillosa peregrinación de penitencia de la que el nazareno debe llevar consigo una fe muy grande en Dios, pues sin ella ni penitencia, ni camino tienen sentido; debe llevar, mientras camina, las manos y el corazón bien abiertos, pues abrazar y repartir serán oficio del cristiano mientras recorre este mundo; el espíritu de sacrificio le ayudará a vencer los obstáculos del camino. Y el deseo de limpiar el corazón de todo pecado se convertirá en alegría por la reconciliación y la misericordia.

La procesión de Semana Santa es como una señal y reflejo de la misma vida cristiana, que es peregrinación hacia la casa del Padre. Una peregrinación entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios. Pero no caminamos solos. Vamos unidos con todos aquellos que miran a Jesús como Salvador y principio de la unidad y de la paz. Y vamos rezando por el camino. anunciando la cruz y la muerte del Señor, hasta que El vuelva.

NO HAY DOLOR COMO MI DOLOR

Leyenda nunca con certeza sabida, la de aquella inspiración. Juan de Juni -asi lo dicen las gentes- quiso poner en el rostro de la Virgen, Señora de las Angustias, el dolor de su propia hija que agonizaba. No erraba el imaginero al contemplar el modelo, pues desde que Cristo agonizó en la cruz, su rostro dolorido se va repitiendo en cuantos con El suben a la cruz que es el trance de la muerte.

No hay dolor como mi dolor. ¡Dichosa, Santa María, que sin morir, palma de martirio mereciste junto a la cruz de tu Hijo! ¡Dichosa tú que has creido! Y María tenía que ver a su hijo escarnecido, humillado, cargando con la cruz. ¡Dichosa tu que has creído! y María contemplaba como iba muriéndose en la cruz el hijo de su alma. ¡Dichosa tu que has creído!. ¿Ironía? ¿Ensañamiento en el dolor? Dichosa tu porque las promesas de Dios se cumplirán: y la pobreza será prenda para el reino de los cielos; y el sufrimiento se transformará en consuelo; y el llanto encontrará consuelo; y el hambre y sed de justicia serán saciados; y la misericordia alcanzará misericordia; y el corazón limpio verá a Dios...

¿Y tu qué hacías, María, al ver lo que no podrían creer tus ojos, lo que no podía aguantar tu dolor de madre, lo que...? Una y otra vez, la madre del Señor tendría que repetir aquellas palabras que cuenta el evangelista cuando Ella no comprendía las palabras de los ángeles, de los pastores, de su propio hijo... ¡Y María las guardaba en su corazón! Porque las cosas de Dios solamente se comprenden con la vida.

Salió el sembrador... parte en el camino (las aves se la comieron), parte en el pedregal (se agostaron), parte entre los abrojos (las espinas la ahogaron). Otra cayó en tierra buena y dió el ciento por uno.

¿Dónde ha caído la palabra de Dios en nosotros?, ¿en los labios? ¡me alaban con los labios pero vuestro corazón está lejos!; ¿en las manos?, y la utilizamos para golpear a los demás con una ley que no cumplimos; ni practicáis, ni dejáis practicar, les dice Jesús a los fariseos; ¿en la razón?, y la queremos evaluar con criterios meramente racionalistas y en lo limitado a la mente humana; ¿en el corazón, en la vida? y allí se comprenden bien, pues Dios es tan grande que solamente con alma y vida se le puede entender.

Dios tenía que cumplir su pacto, su promesa, su alianza. El será nuestro Dios. Cambiará el corazón de hombre. El mismo se hará hombre. Su corazón será el modelo para todos. Es que ese buen pastor, buen samaritano, padre del hijo pródigo, ¿Tenía el corazón de piedra?.

La misericordia es el camino de Dios: dar el corazón a quién lo necesita. Cristo mismo es la señal perenne de la alianza. El es la palabra que, guardada en el corazón, transforma al mismo hombre.

La mujer del pueblo que grita a Jesús: ¡bendita sea tu madre! y la respuesta del Señor: «Dichosos más bien los que oyen la palabra de Dios

y la guardan» (Lc. 11, 28). ¿Sólo una madre es madre de su hijo porque lo ha llevado en su seno durante unos meses y le ha dado a luz? Bien sabéis que es eso mismo y muchas, muchas cosas más: sentimientos, afectos, preocupaciones, cariño, ilusiones...

En esas palabras, Jesús «quiere quitar la atención de la maternidad solo como un vínculo de carne, para orientarla hacia aquel misterioso vínculo del espíritu, que se forma en la escucha y en la observancia de la palabra de Dios» (Rm. 20).

María, por medio de la fe, se convertía en Madre de Jesucristo. Pero también en la primera discípula del Evangelio. Ella se dejaba guiar por la palabra de su hijo. Lo había llevado en su vientre pero lo tenía para siempre en su corazón.

Al caer la noche, la noche del Viernes Santo, la Señora de las Angustias recorre, en su soledad, el corazón, que no las calles, de tan buena compañía como son las mujeres que, hoy en Valladolid, y siempre en la Iglesia, ven en María la bendita y la mas santa entre todas ellas.

«El pueblo de Dios está formado por los bautizados con igual dignidad y con misión común, aunque con modalidades y tareas diferentes. El pecado ofuscó la perfección del plan divino. Desaprobamos las discriminaciones, todavía hoy existentes en formas diversas. Nos alegramos por el reconocimiento de legítimos derechos que permiten a la mujer cumplir su misión en la Iglesia y en el mundo. Todo esto nos lleva a elevar los ojos a María, la Madre del Señor, arquetipo de la dignidad femenina y ejemplar inigualable en la participación en la obra de la salvación». (Sínodo de los obispos. Mensaje final).

DE COSAS GRANDES Y DE MISTERIOS PROFUNDOS

Y se hace el silencio en Valladolid, cuando van marchando por las calles cofrades y nazarenos que, en magníficos retablos, cargados de bellísimas y elocuentes imágenes, pregonan un misterio, tan grande y sublime, que sólamente en el espejo del corazón del hombre sencillo se puede comprender.

Porque la fe es así, se vive en el hondón del alma y se expresa en el lenguaje del hacer de cada día. Para decirse, no necesita muchas palabras, pero sí un ilimitado amor. El hombre de bien, vive en silencio de palabras, pero sus manos están clavadas y abiertas, como las de Cristo. Siente la dureza de la cruz sobre sus propios hombros, pero aprende fortaleza de quien es divino nazareno. La fe del hombre sencillo se hace en humildad, pues bien sabe que cuando Dios quiso hablar al mundo, lo hizo con el amor de su propio Hijo Jesucristo, el que se vistió de pobreza, para ser «Cristo del Despojo» ante los desvalidos de este mundo; el que se hizo misericordia, para ser «Cristo del Perdón en cuantos de perdón necesitan; que apareció como desecho y sin figura,

para ser bendito rostro en el que los hombres pudieran ver redimidos todos los sufrimientos de la humanidad. «Santo Cristo de los Trabajos» de todos los hombres, de aquellos que llevan la tarea de cada jornada y la de aquellos que sufren el más duro, el más cruel, el más injusto de todos los trabajos: el carecer de trabajo, el no tener ocupación donde poner con dignidad los talentos, que de Dios ha recibido, para que fructifiquen con abundancia.

Las cosas grandes y los misterios profundos quiso Dios descubrirlos ante las gentes sencillas. Si aún no has comprendido el misterio, si poco te dicen esas imágenes, si nada sientes en la oración de esas gentes, si solo ves espectáculo y desfile lucido, si todo se quedó en fiesta y grato mirar a un arte espléndido, piensa que todavía te queda mucho camino en el andar para subir al gozo de la sencillez en el que viven los hombres que creen en Dios.

TODO SE HA CUMPLIDO

Tan desfigurado estaba su rostro, que ni aspecto de hombre tenía. Despreciable y desecho de hombre, varón de dolores y sabedor de dolencias, herido y humillado, molido por nuestras culpas, arrancado de la tierra de los vivos y puesta su sepultura entre los malvados. ¡y eran nuestras dolencias las que él llevaba y nuestros dolores los que soportaba! (Is 53). Aquellas heridas, las de la pasión de Cristo, han curado nuestra heridas y son llamada constante a un amor convertido.

Si preguntais a vuestras Hermandades por su primera historia, vereis como en las raíces de cada cofradía hay un gran deseo de contemplar y de vivir la Pasión de Cristo. Aprender de su dolor, de su humildad y de su cruz. Y sacar a la calle, en imágenes visibles, el misterio que como cristianos contemplaban en la fe. Ved sino de qué nos hablan cada uno de los pasos de la Semana Santa: Cena, Huerto, Columna y Flagelación, Nazareno, Cruz, Descendimiento, Sepulcro...

Todo se ha cumplido. Pero nunca ha sido fácil para el hombre

comprender el misterio de la pasión y muerte de Cristo. Si aciertas a contemplarlo desde los ojos de Dios, lo inexplicable resulta comprensible, la voluntaria muerte del inocente acaba siendo señal incuestionable de amor sublime. Y se comprende y se venera, no con la explicación de la muerte, sino con la de la resurrección y la de la vida.

CUANDO EL ARTE SE PUSO AL SERVICIO DE LA FE

Es muy fácil, en Valladolid, ir leyendo, en imágenes de singular valor artístico y cultural, la historia religiosa de nuestra fe. Fueron, antaño, aquellos primeros cofrades, quienes buscaron a expertos imagineros, para que hicieran hablar en la madera lo que en su fe cristiana llevaban. Ayer, el Arzobispo Gandásegui y Francisco de Cossio, buscaron, con nuevo intento, el camino para seguir hablando de Dios con las obras que habían realizado las manos de los hombres, y hoy es la Junta de Semana Santa quien vela, junto a las cofradías, por el cuidado religioso y cultural de la Semana Santa.

Ayer, se creaba en Valladolid un patrimonio artístico de valor irrepetible. Hoy, la Iglesia, sigue promoviendo y cuidando ese patrimonio que ha de estar primordialmente orientado al servicio y culto de Dios y para que, con ayuda de lo visible, los hombres puedan conocer y vivir mejor el Evangelio. El arte se puso al servicio de la fe y quiso expresar, en forma sumamente bella, los más grandes misterios cristianos. No pocas veces, eligieron los imagineros, como modelo para obra, a hombres del

pueblo. Trataron de llevar a sus rostros los mś profundos sentimientos que hacía brotar, no tanto su arte, como su fe. Ahora, al contemplar esa imaginería, quien nada más pretende que ser pasivo espectador, observa belleza, cultura, exorno, pero, para él, la imagen, aunque bella, está muerta. El hombre de fe, al llevar viva la imagen de Dios en su propia vida cristiana, trasciende de lo inmediato y no se detiene en la imagen, sino que, a través de ella, llega a la memoria del Señor resucitado y vivo para siempre.

CULTO Y CULTURA

Historia, gremios y cofradías, imágenes y artistas, celebraciones, cabildos, penitentes y nazarenos, templos, museos, casas de misericordia, eclesiásticos, munícipes, las gentes sencillas y el intelectual, la investigación y la teología... Todo parece que se ha dado cita en este singular retablo que es la Semana Santa. ¿Por qué no hemos de ver en él ricas expresiones de la cultura popular? ¿Qué nos puede impedir hacer historia y reunir documentación? ¿Por qué no han de ser consideradas nuestra imágenes piezas únicas en el museo? ¿Por qué no ver en las cofradías una forma peculiar en la historia del asociacionismo?.

Pueden ser legítimos y respetables esos puntos de vista con los que algunas personas se acercan a nuestra Semana Santa. Pero, que recibiendo el mensaje, no se mate al mensajero; que se reduzca lo que es expresión religiosa a simple fenómeno lúdico; y que para justificar el apoyo oficial, haya que supeditar lo religioso a lo cultural, la fe al valor folklórico, la imagen sagrada a la bella policromía, las Herman-

des al fenómeno asociativo, la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo a apropiaciones cristianas de festividades paganas y, en fin, la Semana Santa, a una simple fiesta de primavera.

Nuestra Semana Santa es memoria, actualidad del misterio pascual, de la muerte y resurrección de Jesucristo. Si celebramos esta memoria en signos, gestos e imágenes comprensibles para los hombres, ello no quiere decir, en absoluto, que el cristiano deje de vivir lleno de confianza en Dios y que sólamente sea acompañante, y por unas horas, de la imagen del «Jesús de la Esperanza»; que deje de sentir su propia responsabilidad ante Dios y entre los hombres, y busque extrañas evasiones religiosas en la contemplación de Jesús en la oración del huerto, azotado, sujeto a la columna, humillado y puesto en la cruz. El cristiano quiere perdonar y ve a su Dios como Cristo del Perdón; quiere llevar con fe la cruz de cada día y contempla el ejemplo de «Jesús Nazareno». Y si repite, en palabras e imágenes. «Padre perdonalos porque no saben lo que hacen», «Hoy estarás conmigo en el paraíso, «Ahí tienes a tu hijo», «Dios mío ¿porqué me has abandonado?, «Tengo sed», «Todo está cumplido», «En tus manos pongo mi alma», es porque, siguiendo las huellas de su Señor, quiere perdonar hasta setenta veces siete; quiere confiar en la misericordia del Buen Pastor, que buscó a la oveja perdida para llevarla al paraíso; que proclama, en palabra y amor, a la Santísima Virgen María Madre de Dios y de los hombres; que sabe que la fidelidad de Dios es más fuerte que la unión del sarmiento y la vid; que juzgará en el amor por el pan y el agua que se dió al hambriento y al que tenía sed; que recibe a Cristo como el Hijo de Dios, en el que se han recapitulado todas las cosas, y ha manifestado a los hombres el amor del Padre; que ha puesto su vida en Dios y en Dios espera la resurrección futura. Siete palabras, que son el «setenta veces siete» de un amor sin límites, que es paciente y afable, que ni se exaspera, ni lleva cuentas del mal, que todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta (1 Cor. 13).

Esta es nuestra fe. Dicha con imágenes de hombres, pero significando la palabra de Dios. Cultura y fiesta, esplendor estético y bellísima policromía. Pero todo ello, tan hermoso, estaría muerto si no le hubiera puesto vida la fe.

A las Hermandades y Cofradías, guiadas por sus pastores, les corresponde, primordialmente, esta vela contínua, para que nunca la imagen pueda empañar esos espejos de la fe. El testimonio de vida cristiana, la coherencia entre lo que se cree y lo que se vive en esperanza, serán criterio inexorable de garantía en la autenticidad de la fe.

VALLADOLID, EN CASTILLA

La madrugada se fué. Y dejó volando, en el eco del buen aire de Sevilla, las saetas y las palmas, el silencio y los suspiros que, al pasar, dejaron Nazareno y Gran Poder, Calvario y de los Gitanos, Esperanza Macarena y Esperanza de Triana. Después, al llegar la tarde, la tarde del Sábado Santo, la Virgen de los Dolores, la Virgen de los Servitas, va dejando por Sevilla el recuerdo de otro nombre, también de la Virgen María, la Virgen de San Lorenzo, Madre y Patrona de Valladolid, en Castilla. Pues hermanados quedaron cofrades y cofradías en el amor a la Virgen, de las Angustias Servitas y la de Valladolid, en Castilla.

Ayer, a Valladolid llegaba, en un tren que casi ni tren parecía, por Valverde y Coruñeses, por La Mudarra y Villanubla. Ahora, por la puerta de Carmona salgo. Después las torres de Ecija. Córdoba, Andújar... y ya estamos en Castilla.

¿Qué diferencia hay entre Valladolid y Sevilla? Dejádme que os lo diga, no con mis palabras, sino con la pluma que otros me prestan para esta

melodía. Pues melodía es, y sólo música distinta, para cantar el único texto: el de la fe en el misterio de Cristo que, creyendo en él todos igual, cada cual lo siente y lo expresa como Dios a cada uno lo hiciera. Con su historia y su carácter y con la luz de su tierra.

Tres poetas me acompañan. De Valladolid y de Sevilla. El otro, es de mi pueblo. Y, para mí es, mucho más que poeta.

«Tan solo aquí, viajero, en esta orilla / del Pisuerga, que cruza la llanura / comprenderás la voz de la amargura / sin límites, eterna, de arcilla. / Viajero, aquí hallarás la maravilla / de la tierra que al cielo se apresura / y abrazándose a él- te lo asegura. / Tan solo aquí, en el centro de Castilla. / Aquí, donde la luz es trigo y mana, / al corte de la hoz, luz más cercana / que a celeste manjar invita inerte, / ve morir a Jesús. En alba pura / convertirá y en trigo la amargura. / Llegado aquí, comprenderás su muerte. (Francisco Pino).

Junto a la austeridad profunda y bella de este vallisoletano, se escuchan los versos dichos junto al Guadalquivir y la Giralda:

Como Tú ninguna / Estrella de la mañana / de morena de juncal / y de Gracia sevillana. / Pero como Tú ninguna, porque Tú eres la Giralda / en repique de alegría / por los caminos del alba / y también Torre del Oro / entre espumas recamada y Guadalquivir de encajes / con orillas de esmeralda, / porque en su cauce navegue / tu pena de sal amarga. / Pero como Tú ninguna, / porque Tú eres la bandera / del candor y la ternura, / en el mástil de esta tierra / rincón de amor y ventura, / y eres su calle de cielo / y eres su plaza escondida, / y eres cristal de sus fuentes, y eres luz de sus esquinas, / y eres flor de sus jardines, / y eres venda de su herida, / y eres su escudo de gloria, / y eres sangre de su vida, / y eres árbol de su sombra, / y eres rosa de su espina. /

y eres ala de su vuelo, / y eres campaña en su arista / y eres perfume en su ambiente, / y eres color en sus días, / y eres copla en sus sentires, / y eres su faro y su guía. Por eso a Tí, Macarena, / tallada en jardín de brisas con las gubías celestiales / del dolor y la sonrisa, / te hicieron la Soberana / de las Legiones Divinas, / te coronaron de estrellas, te proclamaron bendita, / y te bajaron los ángeles / para dejarte en Sevilla. / Por eso Reinas habrá, / pero como Tú ¡Ninguna!. (Antonio Rodríguez Buzón).

«Relicario de bellezas infinitas». Y es ahora mi pueblo, Medina de Rioseco, el escenario que elijo para decir que, en la diferencia, solo cambian las palabras, solo lo que se dice hacia afuera. Que en el hondón de la vida, solo hay una fe, aunque en diversidad tan grande se expresa.

«Relicario de bellezas infinitas; empaque de gran señora; tesoro de Castilla; joyero, arqueta y cofre que guarda y conserva cuidadosa la solera que la rezuma por los cuatro vientos. La ciudad de los barros de Juni, de la Capilla de los Benavente, de la custodia de Arfe, de los ternos y marfiles... (José Amigo Torres). La ciudad de Santa María y Santiago, de Santa Cruz y San Francisco. En esta ciudad aprendí a buscar a Dios detrás de Longinos y de la Escalera, del Ceómico y de la Dolorosa. La imagen era lección que el Maestro me daba. Aprendimos en estos libros, de pasos e imagineros, pero no nos quedamos en ellos, sino que, por gracia de Dios, de lo visible y efímero pasamos a lo que es amor duradero.

Subimos a Jerusalem. Abrid las puertas al Señor. Ni aspecto tiene de hombre, pues muy grande es su dolor. Pero sus heridas curaron nuestra heridas y su dolor fue nuestro gozo.

Es por ello que su memoria la celebramos con fiesta. Pero fiesta de nuestra fe, de pascua y de sacramento. Fiesta de amor hecho Iglesia. Fiesta de comunidad cristiana, que mil veces resucita con Cristo resucitado para llenarlo todo de vida.

Terminado este pregón, solo me queda ya, recordar al pregonero que fué enviado por Dios. Y a María se acerca y a María bendice. Y tal bendición la lleva, que será Madre de Dios y será la Madre nuestra. En este Año Mariano, adviento continuado de Cristo que siempre llega, hagamos de la Semana Santa, semana de amor, semana de espera. Y que todos los dolores, injusticias y de Dios ofensas mueran de muerte en la cruz. Y el hombre resucitado, a la vida siempre nueva, cante gozo al Señor, al Señor resucitado.

Así pues, al entrar en la Semana Santa, tened entre vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús. El, a pesar de su condición divina, no se aferró a su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango

y tomó la condición de esclavo, haciéndose uno de tantos. Así, presentándose como simple hombre, se abajó, obedeciendo hasta la muerte y muerte en cruz. Por eso Dios lo encumbró y le dió un nombre que sobrepasa todo nombre; de modo que a este nombre de Jesús toda rodilla se doble -en el cielo, en la tierra, en el abismo- y toda boca proclame que Jesús el Mesías, es Señor, para gloria de Dios Padre (Filp. 2, 5-11).

EDITA: Ayuntamiento de Valladolid y
Junta de Semana Santa.
COMPONE E IMPRIME: Imprenta Municipal.
FOTO PORTADA: José David Redondo.
DEPOSITO LEGAL: VA-41-88.